

The COLUMBUS  
MIAMI - FLORIDA

Miami 22 de septiembre de 1948

Querido Luis León:

Después de su carta, que me esperaba en Nueva York, no he vuelto a tener noticias suyas. No es solamente que estoy mal acostumbrado y que cuando no tengo sus noticias las extraño; es que ahora se junta a eso mi preocupación de que su silencio se debe a su afección a la vista, y eso sí me afligiría. En su última carta Ud. me hablaba de ese ataque de conjuntivitis que había tenido y de que los ojos aún le ardían fuertemente a medida que los exigía en la redacción de las líneas que me estaba dedicando. No quisiera por nada de este mundo que esa haya sido la causa de una recaída.

Aquí estoy varado en esta ciudad balnearia y veraniega que, por ahora, no tiene nada de lo uno ni de lo otro. Llegué de tránsito, y por unas horas, y ya llevo aquí dos días sin perspectivas inmediatas de poder salir. Coincidíó mi llegada con un espantoso huracán en el Caribe, que venía directamente a la península de Florida. El avión, en el que ya habíamos salido por la noche del 20 hacia la Habana, hubo de volar precipitadamente al aeródromo. Y, efectivamente, horas después teníamos encima de nuestras cabezas la espantosa galerna. Al entrar a Miami, vi en las calles céntricas, convertidas en talleres de carpintería, que legiones de operarios trabajaban en cubrir, literalmente, con tablones todas las puertas, los escaparates y las vidrieras de la ciudad. Y otros hacían obras de defensa en las calles, contra las avenidas, mediante trincheras de bolsas de arena. Y aquí está el huracán ahora. Es un silbido impresionante e ininterrumpido. Por los intersticios de las puertas vemos las ráfagas de viento y agua y los innumerables palmas de esta ciudad tropical dobladas hasta el suelo con sus copas desmelenadas. Yo estoy aquí como un león enjaulado. No puedo salir ni comunicarme telefónicamente con la compañía de aviación para tener una idea de cuándo podré partir. Aunque me parece que esto de preguntar será una de las tonterías que señala Quevedo en su Buscón, pues no sé qué me podrán contestar los empleados. A quien habría que preguntarle es Dios.

Hasta pronto, un fuerte abrazo de su amigo del alma.

Horacio